

la raza germánica. Apareció el cristianismo, y la raza heleno-latina la formuló por medio de sus doctores griegos y romanos, mientras la raza germánica trajo el hombre interior, el hombre de la naturaleza, para la realización del cristianismo.

Vino la Edad Media, y la raza latina sostuvo la unidad religiosa de la Europa occidental con el Pontificado, y la raza germánica su unidad política y civil con el Imperio. En el tiempo de los descubrimientos, un germano encontró el instrumento para democratizar las inteligencias, la imprenta; y un latino el instrumento para democratizar las sociedades, la nueva tierra, la América. Los germanos emanciparon la conciencia en la reforma, y al mismo tiempo los latinos el arte en el Renacimiento. Los germanos han obrado la moderna revolución filosófica desde Leibnitz hasta Kanth, y los latinos la moderna revolución política desde Voltaire hasta Danton. Todo tiende á democratizar Europa. Y si á esta obra traen los germanos la instrucción popular y el armamento universal, los latinos traerán el sufragio universal y la república. He dicho.

## SEGUNDAS CÔRTES DE 1872,

CONVOCADAS

POR EL MINISTERIO RADICAL.

### INTERREGNO PARLAMENTARIO.

En este interregno parlamentario pronuncié el discurso que sigue en una reunion de Alicante. Este discurso, objeto de grandes controversias parlamentarias, señala al partido republicano una línea de conducta en mi sentir salvadora para nosotros, y salvadora tambien para la libertad.

### DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REUNION REPUBLICANA,  
LA NOCHE DEL 18 DE SETIEMBRE, EN EL TEATRO DE  
ALICANTE.

Ciudadanos: Tiene razon mi elocuente amigo, vuestro digno diputado el Sr. Maisonave, al decir que hablo en esta noche cediendo á repetidas instancias de nuestros correligionarios. Y debo confesar que hago un gran sacrificio, que supero una gran repugnancia; porque en crisis tan supremas, cuando los hechos hablan por sí mismos con tanta elocuencia, debemos refugiarnos en el silencio, aguardando á que el falso ídolo, alzado en mal hora y por falta incomprensible de lógica



sobre las cimas de una revolucion esencialmente democrática, se venga al suelo bajo el peso abrumador de su irremediable impopularidad. (*Estrepitosos aplausos.*)

Los ruegos de mis amigos eran para mí órdenes, mandatos, y no podia rehuir su cumplimiento. Yo tengo extraordinarios deberes de gratitud con toda esta provincia. Reciente la revolucion, pugnó con ardor por investirme de sus poderes para las Córtes Constituyentes, poderes arrancados á mis manos por las pérfidas maniobras electorales, que comenzaban ya á corromper el sufragio universal en su fuente. En las últimas Córtes he tenido la alta honra de representar á la industriosa ciudad de Alcoy, que de nuevo me hubiera confiado para estas Córtes su mandato, á no mediar mis reiteradas renunciaciones. El distrito de Elche me ha mostrado su confianza dándome en dos mil votos un verdadero triunfo moral, que yo estimo tanto más cuanto que representa la union de antiguos é importantísimos correligionarios míos bajo la modesta enseña de mi nombre. Mil veces he dicho y repito ahora que todas estas pruebas de estimacion y de cariño, tan satisfactorias en la amarga vida pública, no las atribuyo á mis merecimientos, sino á vuestra seguridad de que jamas abandonaré la nobilísima causa á que he consagrado todas mis fuerzas, la causa de la libertad y del derecho. (*Grandes aplausos.*)

Siendo tan profundamente democrática hoy, y por democrática tan republicana, esta provincia conserva pura é incólume sus antiguas tradiciones liberales. Y no podia ser otra cosa. Alcoy es una colmena de trabajadores, y el trabajo, ese cincel que pule y perfecciona la tierra, engendra con su fuerza creadora las grandes virtudes públicas y privadas, necesarias para el establecimiento y la consolidacion de una verdadera democracia. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Y no quiero hablar de Alicante, de esta ciudad donde las ideas filosóficas del pasado siglo tuvieron ilustres personificaciones; de esta ciudad jamas tomada por las huestes napoleónicas, á pesar de haber dirigido su formidable asedio uno de los primeros generales franceses; de esta ciudad, la última en España que cayera rendida bajo la negra traicion de Fernando VII y el infame yugo de los 100.000 soldados de la Santa Alianza, que se llamaban á sí mismos los 100.000 hijos de San Luis; ciudad fidelísima á las instituciones liberales en la reaccion realista; fidelísima durante la guerra civil; fidelísima despues de 1843, puesto que el Malecon de Alicante es uno de los altares más altos, más cruentos y más sagrados que se alzan para testificar los grandes sacrificios, los grandes holocaustos ofrecidos por nuestros padres en aras de la libertad; gloriosas tradiciones que os comprometen á tener igual entusiasmo por esta sublime fórmula de la república federal, que ha de renovar con la redencion del trabajo vuestro patrio suelo, y con la idea del derecho vuestro noble espíritu. (*Prolongados aplausos, entusiastas aclamaciones.*)

Cuando yo veo extenderse desde Rosas hasta Cádiz y Huelva, por todos estos litorales y costas, las huestes más compactas, más numerosas de la causa republicana, mantenida vigorosamente en Cataluña, que representa nuestro trabajo industrial; en Valencia y Murcia, que representan nuestro trabajo agrícola; en la hermosa Andalucía, que representará eternamente nuestro genio artístico, siento renacer la confianza de que estas riberas, gloriosas madres de la religion y del arte, nidos de tantas inmortales inspiraciones, teatros de tantos héroes, han de tornar á ser, por la belleza de sus luminosas regiones, por la sobriedad de sus vigorosos hijos, el centro de una civilizacion mucho más



humana y mucho más artística que la utilitaria civilización presente. (*Bien, bien.*)

Y hay un medio para que los pueblos crezcan, para que los pueblos progresen é influyan poderosamente en la dirección de los destinos humanos. Este medio es recoger un elemento, incoercible como el aire, impalpable como la luz, imponderable como el magnetismo, el elemento de una idea humanitaria y progresiva.

Si volveis los ojos por todas estas riberas, su gloriosa historia os dirá que los pueblos viven por el ideal y se robustecen por el trabajo en los grandes fines humanos. El Egipto domina cuando revela al Occidente los secretos y los misterios de Oriente; Fenicia, cuando establece las relaciones mercantiles é inventa el alfabeto, que destruye la ciencia de la casta, la ciencia jeroglífica, y fija la movable palabra humana; Grecia, cuando cincela con su escultórico buril nuestra personalidad, y la hermosea y la apercibe á recibir como preciosa ánfora, el licor divino de todas las grandes ideas; Roma, cuando establece la union de los pueblos y los educa en la disciplina de su derecho; la ciudad de Alejandría y la ciudad de Jerusalem cuando promulgan, aquélla la unidad del hombre, ésta la unidad de Dios; las fértiles regiones de Provenza, cuando convierten la lengua del vulgo en lengua del genio y de las artes; nuestra inmortal Andalucía, cuando da al tiempo monástico, penitente, macerado de la Edad Media, por sus maravillosas escuelas de Córdoba y Sevilla, el filtro compuesto á la luz de aquel sol, en las entrañas de aquella vivificadora tierra, el filtro de las ciencias naturales; las ciudades italianas, cuando educan, inspiradas y artísticas, con sus legiones de arquitectos, de poetas, de escultores, de mosaistas, de pintores, de grandes navegantes, á las democracias trabajadoras, para recibir la visita del espíritu moderno;

Aragon, Valencia, Cataluña, que han poseido Córcega, Cerdeña, Sicilia, Nápoles; que han llevado á sueldo Génova y Venecia; que han grabado su nombre en los muros de Constantinopla, en las piedras de Aténas, en las cimas del Eta y del Olimpo, en las puertas misteriosas del Asia, cuando, vivificadas por su amplia libertad y sus robustas instituciones parlamentarias, herederas de la gran política de la casa de Suabia, contrastaron el maléfico influjo de los poderes teocráticos en el Mediodía de Europa; y vosotros, ilustres hijos del hermoso Mediterráneo, que ni en fuerza ni en ingenio desmereceis de vuestros padres, vosotros estais llamados á ser, por vuestra clara inteligencia, por vuestro nunca domado heroismo, los fundadores de los Estados-Unidos de la Europa libre, que han de acabar para siempre con los mónstruos abominables del despotismo y de la guerra. (*Frenéticos aplausos.*)

Y este ideal, formado por tantos rayos de luz, sostenido y aumentado por los holocaustos de tanta heroica sangre; este ideal no puede realizarse, no puede cumplirse en toda su plenitud, en toda su verdad, sino dentro de aquella forma de gobierno que armoniza y funde en una síntesis superior los elementos que parecen más contradictorios, dentro de la república federal. La ventaja de esta forma de gobierno consiste principalmente en que no mira, como suelen las escuelas y los partidos políticos exclusivos, á un lado de la vida, sino á la vida entera, total y plena. La república armoniza la disciplina de la sociedad con la expansion del individuo; la idea de libertad con la idea de autoridad; el movimiento de progreso indispensable á la renovacion de la vida con la estabilidad, tan necesaria á los pueblos como el sueño reparador á nuestras fuerzas; la autonomía de las nacionalidades con la federacion de los continentes; la ley riquísima de la variedad



con la ley de la necesaria humanidad. Por eso la república es el equilibrio de las fuerzas contrarias, la síntesis de los principios antitéticos, el verdadero y único régimen de gravitación social, con procedimientos tan eficaces y tan sencillos como los procedimientos mismos de la naturaleza.

Esta forma tan perfecta de gobierno, que algunos ciegos reaccionarios creen pensamiento de un individuo, doctrina de una escuela, bandera de un partido, es el organismo de las sociedades modernas, dictado por la razón á la ciencia. Nada hay más erróneo que atribuir el advenimiento de las democracias á estrechas combinaciones políticas. Las democracias han advenido á la vida pública por fuerzas tan poderosas como las fuerzas que han trabajado en la formación de nuestro planeta. Buscar el hombre ó el partido que ha fundado la democracia moderna es como buscar el arquitecto que ha levantado vuestras montañas, ó el geómetra y los compases que han trazado las curvas de vuestras costas. Las democracias modernas han venido por el espíritu evangélico, que les infundió la idea y el sentimiento de la igualdad religiosa; por el espíritu municipal, que las elevó á la noción de su derecho; por las cruzadas, que juntaron en los mismos dolores y en los mismos trabajos al noble y al plebeyo, como para demostrar la identidad fundamental de nuestra vida y esencia; por el Renacimiento, que reconcilió al hombre moderno con la olvidada naturaleza; por la reforma, que reveló la dignidad de la conciencia humana convirtiéndola en el oráculo de la vida; por la filosofía, que recabó la autonomía de la razón y la proclamó criterio único de la ciencia; por los milagros de la industria, que, ensanchando el planeta en virtud de los grandes descubrimientos, ensancharon también este interior océano del espíritu, y que inventando la imprenta, la

brújula, el telescopio, la pólvora, unieron en nivelación perfecta todas las inteligencias y todas las fuerzas; por una serie de revoluciones, en fin, que han creado nuestra sociedad, revoluciones tan universales, tan fuertes, tan incontrastables y tan fecundas como las revoluciones geológicas que han formado nuestro planeta. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Pues lo mismo que sucede con las democracias sucede con la república: no la impone ningun individuo, no la trae ningun partido; la imponen, la traen las fuerzas vivas de las sociedades humanas. Y si no, explicadme cómo los herederos de los más altos tronos, cómo los representantes de los más altos poderes, cómo los ilustres progenitores de las monarquías europeas se hallan dispersos y errantes por el mundo. Son, como el Edipo griego, víctimas de los implacables destinos que los griegos llamaban dioses y que nosotros llamamos leyes de las sociedades humanas. La república viene por una conjuración del espíritu y de la naturaleza, ó, hablando en lenguaje más religioso, por un decreto de la Providencia de Dios. Los que se llaman sus mayores enemigos la han traído, sin quererlo, sin saberlo, instrumentos de una voluntad superior á la suma de las voluntades individuales, instrumentos de la voluntad social. No fueron republicanos los que en Aranjuez se juntaron para pedir á un monarca absoluto cuentas de un reinado que sólo debía á Dios; no fueron republicanos los que en las Cortes de Cádiz levantaron sobre el dogma teológico de la soberanía de los reyes el dogma revolucionario de la soberanía de los pueblos; no fueron republicanos los soldados que en las Cabezas de San Juan desacataron á su rey y le impusieron una Constitución aborrecida; no fueron republicanos, ni los realistas de las montañas de Cataluña ni los liberales de las playas de Andalucía, que en rebeliones opuestas



y por motivos contrarios mostraron igual irreverencia á los principios monárquicos en rebeliones continuas; no fueron republicanos los diputados que mermaron la autoridad real, y que, humildes plebeyos, destinados á presentar humildísimas peticiones al Rey, se erigieron en colegisladores y co-soberanos de la monarquía; nosotros no asistimos á la conjuración que arrancó á la Reina Gobernadora la carta otorgada y le impuso la carta democrática; nosotros no la expulsamos del trono de cien reyes para que el pueblo aprendiera cómo se desploman las monarquías y cómo se depone á los reyes; nosotros no inauguramos la mayor edad de la Reina en un proceso escandaloso, ni dijimos veleidades criminales al ejercicio de sus régias prerrogativas; no levantamos nosotros en contra suya el ejército, ni sostuvimos el combate de Vicálvaro ni somos los autores de proclamas célebres que denunciaban al mundo la deshonra del trono por sus infames camarillas; nosotros no hemos sostenido, desde la malograda insurrección de Julio en Madrid de 1856 hasta la triunfante revolución de Setiembre de 1868, una serie de combates que en Alcolea se coronaron con la destrucción del trono de San Fernando; toda esta lenta y continua educación, por medio de los hechos, que tanto enseñan á los pueblos, ha sido obra de los monárquicos; nosotros sólo somos el resultado de todos estos esfuerzos, el corolario de todos estos teoremas, la consecuencia lógica de todos estos principios, los que venimos á sustituir, como la historia humana es una serie encadenada de sistemas que á la continua se suceden, la monarquía extinta con el régimen salvador de la república. (*Frenéticos aplausos. Aclamaciones generales. Gran sensación, que interrumpe por algunos minutos al orador.*)

Ciudadanos: es tan cierta la muerte de la monarquía, que lo presente sólo tiene á los ojos de todos el carác-

ter de una interinidad prolongada; y el pensamiento político del momento se reduce á conseguir que el tránsito de un régimen á otro régimen sea todo lo ménos doloroso y todo lo más breve posible. Hé aquí, en verdad, lo que debemos pensar nosotros, los principalmente empeñados por nuestros compromisos en esta transformación profundísima. Y de ello voy á hablaros. No os extrañe que para nada mencione una institución que se cree hereditaria, y por consecuencia, eterna. (*Risas.*) Esa institución no entra en mis cálculos por su fragilidad y su insignificancia. (*Asentimiento.*) Son treinta millones perdidos. (*Grandes aplausos.*) Nosotros sostuvimos que la democracia triunfaría sobre los reyes de véras, y triunfó; imaginaos qué pensarémos del triunfo de la república sobre los reyes de broma. (*Risas y grandes aplausos.*) Esa institución es tan inverosímil, que se necesita no contar con ella para nada; porque, aunque ha venido y se ha asentado entre nosotros, parece siempre que está ausente y esperando el día próximo en que esta ausencia sea definitiva y solemne. (*Ruidosos aplausos.*)

¿Por qué camino irémos más seguramente á la república? Hay dos métodos: el método que llamaremos legal y el método que llamaremos revolucionario. Estos dos métodos traen profundamente dividido y conturbado al partido republicano. Para unos, muy ilustres por sus talentos y por sus servicios, el único método admisible es el método legal. Para otros, muy entusiastas y muy valerosos, el único método admisible es el método revolucionario. Yo creo que los métodos de llegar á la república no pueden idearse *à priori* como una concepción abstracta. Yo creo que los métodos deben, como táctica contra un enemigo, como procedimiento más breve para llegar á un punto, inspirarse en las circunstancias. Y erran gravemente aquellos que